

MARCELO MELLADO

EN LA OTRA
ORILLA



EDITORIAL CUARTO PROPIO

EN LA OTRA ORILLA

© Marcelo Mellado
Inscripción N° 108.690
I.S.B.N. 956-260-159-5

Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia, Santiago
Fono: (56-2) 2047645 / Fax: (56-2) 2047622
E-mail: clic@netup.cl

Colección dirigida por M. Cristina Da Fonseca
Edición y diseño:
Cecilia Almarza y Mónica De Simone
Ilustraciones:
Cecilia Almarza
Composición: E.M.T. S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE
1ª edición, julio de 1999

Se prohíbe la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la editorial.

Cinco años fuera de la isla, estudiando en el norte, y ahora volver. No era un simple trámite. Era pisar nuevamente la misma huella, pero con un pie distinto, borrando la anterior, o al menos, redibujándola. Antes había vuelto esporádicamente algunos veranos, pero sin ningún entusiasmo, ahora el regreso me ponía eufórico. Estaba ansioso por ver a mi familia, tenía ganas de recorrer nostálgicamente el campo de la infancia. El surazo azotaba enérgico contra el transbordador, la vieja embarcación se movía inquieta en un vaivén que me llenaba de viejas sensaciones, todas ligadas a la sorpresa y a la aventura, propias de habitar un territorio indómito; era como un recibimiento especial que el mar me tributaba. Sentía muchas ganas de ver a mi padre, de compartir con él, de conversar cosas de nuestra vida que siempre me costó entender, y que ahora a la distancia se miraban de otra manera.

Desembarqué en Chacao y caminé hasta el cruce para esperar el bus o algún vehículo que me llevara a destino. Caminé tres kilómetros

con mi equipaje al hombro, hasta que pasó el camión lechero, con ese inconfundible ruido metálico producido por los tachos al chocarse unos con otros en esos caminos de tierra. A mi llegada el Negro salió a recibirme con unos ladridos inquietos y moviendo la cola. No esperaba encontrar vivo a ese perro fiel que me acompañara en aventuras de bosques y praderas, rastreando animales perdidos.

En la casa parecía no haber nadie.



Deben estar en la cosecha del trigo-, pensé. Recorrí los alrededores entre patos, gallinas y gansos arremolinados a mi alrededor pidiéndome alimento, sin encontrar rastro de gente. Desde que mi madre murió la casa siempre fue un desorden, todo estaba sucio y patas para arriba. A lo lejos, por el potrero de los arrayanes, divisé a Fenelón, mi primo «tontito», arreglando un cerco; nos habíamos criado juntos y era la única compañía de mi padre desde mi partida. Fenelón se puso muy contento y me abrazó cariñosa y aparatosamente, emitiendo esos sonidos inarticulados, propios de él cuando se agitaba por la emoción. Lo interrogué por mi padre y supe que desde hacía tres días estaba en el monte pastoreando ovejas y algunos vacunos.

Por el camino costero, arreando un piño de ovejas, pasó tía Augusta y me saludó cariñosa, se alegró de verme. Para ella era una bendición que yo volviera a ordenar el campo, mi padre cada día tenía menos juicio, ella a veces lo ayudaba en las cosas domésticas, pero tenía su propia familia y no podía dedicarse a

él, por lo demás nunca se llevaron bien.

–Nelson, es una bendición del cielo que hayas vuelto. Tú padre es un hombre bueno y trabajador, pero tiene muchos pajaritos en la cabeza -me dijo-, se lo lleva en el monte llevando a los animales de allá para acá y preocupándose de ralear el bosque, y un cuanto hay de rarezas. No se comporta como cualquier cristiano.

Me llevó a almorzar a su casa. Según mis parientes, mi padre bajaría al otro día por la tarde. Allí me enteré de todas sus rarezas como decía mi tía. Yo, algo sabía de todo ello por los relatos de un pariente de mi madre en Concepción, un vendedor viajero que solía transitar por estas zonas.



En la tarde, con Fenelón, limpiamos y ordenamos la casa. Aproveché, además, de clavetear algunas tablas del gallinero, encerré a las gallinas y al chanco que merodeaba comiéndose los restos de la huerta.

Me fui a la orilla con los primeros atisbos del atardecer, la marea estaba baja y algunos hombres mariscaban; no todos me saludaron. Las relaciones en la isla suelen ser conflictivas, pero vi a Elisa, quien, a pesar de reconocerme, de pura vergüenza no me saludó. De niños solíamos jugar juntos, correteando por el campo, recolectando murtas y avellanas.

A lo lejos se vio venir un jinete. Me di cuenta que era mi padre: reconocí a la Golondrina y el viejo sombrero que él sólo se sacaba para dormir. Recordé su costumbre de bajar por el río hasta la desembocadura, y venirse por la playa hasta la casa; le encantaba cabalgar por la arena. No se alegró de verme, al menos así me pareció, y dijo:

-Si sólo vienes para volver a irte, mejor será que te vayas al tiro. Hay mucho por hacer y no tengo tiempo para atender visitas.

Ese era mi padre, me alegré de verlo. Los primeros dos días de mi estadía casi no me dirigió la palabra. Estaba muy ocupado con los asuntos del campo y sobre todo obsesionado con la idea de manejar animales en el monte. Al tercer día me decidí a hablarle sobre mi retorno. Le expresé mi deseo de quedarme un buen tiempo, asunto que al llegar no tenía muy claro, y de ayudarlo en todo lo que fuera necesario. No me respondió, como de costumbre, solamente dijo que mañana debía levantarse muy temprano. Supuse que yo también debía hacerlo.



Al otro día me desperté a las seis y media; mi padre ya había partido. Mi primo Fernelón me indicó el camino y me dio unos panes con queso y una botella plástica con leche recién ordeñada. Ensilé a toda velocidad y seguí su huella. Lo alcancé en la zona de La Cueva del Chivato, no me cupo duda: se había ido muy lento para que yo lo alcanzara. Caminamos un buen trecho sin dirigirnos palabra, hasta que me decidí a preguntarle por sus quehaceres:

—¿No le parece, papá, que esto de tener animales en el monte es un asunto complicado, que es mejor dedicarse a apotrerar y sembrar papas como todo el mundo?, el monte es sólo para los animales no productivos.

No me respondió. Estuve horas esperando su reacción, mientras arriábamos a algunos animales a zonas más bajas. Cuando teníamos al piño ubicado en una pampa, mi padre me contó que había tenido un sueño la noche de mi llegada.

—Todos estos montes ardían y una gran entrada de mar los apagaba, como cuando el

maremoto del 60. Y todas las casas flotaban en el agua, pero ni un cristiano estaba adentro, sólo animales: gallinas, ovejas y chanchos, flotando sobre las casas como sus únicos habitantes.

No me atreví a preguntarle el significado de todo aquello. Esperé su próxima pregunta y la respuesta que él mismo daría.

—¿Qué es lo que se fue a estudiar pa'l norte, mijo?

—Administración. —No quise agregarle administración agrícola; eso podía complicar la situación.

—¿Y para qué sirve eso?

Opté por una respuesta corta y clara.

—Para ordenar los negocios.

Me miró a los ojos por primera vez desde mi llegada. Hizo una mueca y, según creo, estuvo a punto de sonreír. Y al mismo tiempo en que golpeaba la yegua con un rebenque, me dijo:

—¿Y qué espera? Demuéstrele a su padre y a los idiotas de por aquí que todas esas tonteras de estudio no fueron en vano-. Y partió.

Las próximas semanas fueron duras, había mucho traqueteo y pequeñas cosas a ordenar. Partí por intentar convencer a mi padre de tener una reunión de trabajo como requisito previo para organizar el campo. Se negó rotundamente, pero me dijo que la hiciera igual y después le contara lo acordado. Estuve a punto de mandarlo a la mierda por esa ironía, tan propia de él, pero Fenelón me dio la clave. Me mostró un par de echonas y con sus sonidos guturales y gestos me llevó hasta una siembra de trigo. Estuvimos tres días completos en eso. Mi padre llegaba por las noches, escuchaba los mensajes locales de radio, se informaba de las tablas de mareas, y se dormía sin cambiar una palabra.

Esa noche a la luz de una lámpara de parafina, me dediqué a pensar en el campo. Tomé una hoja y un lápiz, y como un niño, comencé a dibujar las tierras pertenecientes a mi padre, imaginándome las actividades que podrían realizarse en ellas. No eran más de cincuenta hectáreas de las cuales la mitad era monte boscoso. El resto se repartía entre pampas aptas

para el pastoreo y ñadi, lugares muy húmedos sin aptitud agrícola.

Mi padre, con todos los pajarillos que tenía en la cabeza, hacía sólo unos años que había decidido tomar en serio el campo, a su manera por supuesto. Antes se había dedicado al mar, un poco a la pesca y a abastecer las islas menores. El mar era su vida y lo veíamos muy poco; cuando niño solía esperarlo horas y horas en la orilla, hasta que su embarcación surcaba la bahía, pero no pasaban dos días y volvía a partir. Es común en la Isla Grande que la gente se reparta entre las actividades del campo y del mar. Pero un día, después de la muerte de mi madre, nos reunió a todos, es decir, a Fenelón y a mí, y nos dijo que el hombre debe trabajar la tierra donde vive y que el mar nos había quitado demasiado. Se sentía responsable de la muerte de mi madre. Y cuando yo partí, sintió algo parecido a esa pérdida.

Mi padre hizo muchos planes de empresa, pero siempre estuvo solo, ningún familiar ni trabajador lo soportaba, sólo mi primo Fenelón lo seguía fielmente en sus proyectos. Lo pri-

mero que hizo fue cercar el campo y acopiar los árboles caídos y ramas para la leña, de modo de evitar al máximo la tala indiscriminada. Todas estas actividades eran consideradas una tontería por vecinos y familiares, pero para mí, algunas de ellas, tenían sentido; también se le ocurrió sembrar cereales y papas sin remover la tierra, utilizando unos montículos de pasto seco, y usar chanchos para un barbecho natural, y trasladar los gansos a los potreros para fertilizarlos, y una serie de operaciones que causaban el sarcasmo de todos los vecinos, con los cuales, por lo demás, nunca se llevó bien.

Mientras dibujaba el campo sobre el papel, recordé las ideas de mi padre, muchas de ellas estaban en boga en el norte donde yo estudiaba (en la isla, el norte es de Puerto Montt para allá). Él no era un hombre letrado, pero miraba el mundo de sus alrededores con los ojos muy abiertos. Solía interpretar las señales de la naturaleza de un modo muy distinto al resto de los campesinos de la zona, y no es que se equivocara, sino que veía otras cosas. Por ejemplo, su modo de combatir ciertas malezas invaso-

ras, como el espinillo, consistía en incorporarlas al pastoreo, utilizando las ovejas para ello; descubrí que a eso se le llamaba control biológico. Por otro lado, jamás dejó espacios demasiado amplios para las empastadas, siempre las combinaba con árboles y arbustos, incluso protegía los troncos poniéndoles cercos especiales para que no fueran lastimados por los animales; según supe los técnicos le llamaban a eso silvo pastoreo. Pero tampoco aceptó la asesoría de especialistas, era muy llevado de su idea. Había otro aspecto también en el que mi padre era estricto: jamás aceptó la práctica de quemar renovales y bosques para establecer praderas, llamadas «limpias» en el sur; esa actitud le acarreó muchas dificultades con los vecinos quienes, en época de verano, incendiaban grandes extensiones de tierra.



Le mostré mis dibujos del campo, eran varios bosquejos, una especie de proyecto de lo que yo creía se debía hacer. Los miró con incredulidad, yo estaba preparado para recibir una pachotada de su parte, pero no, en éste caso fue más misterioso que de costumbre.

—Dibujas bien, pero lo que necesitamos es un mapa, transforma eso en un mapa, de ese modo será más fácil, algo como un mapa de navegación que te guíe. Toma un caballo y recorre todo el campo, parte antes del alba y ándate por el camino del río, estudia su curso de agua; luego intérnate en el bosque y coméntame la cantidad de luz que llega al suelo, por sus árboles viejos y jóvenes, y ve lo que puede servir para alimentar animales en invierno. Y no te olvides de las ovejas y de los pocos vacunos, cerca de la quebrada de las Quilas. Y no te distraigas.

Hice lo que me ordenó. Fue una travesía hermosa, tanto que me distraje. El Negro me acompañó; a pesar de lo añoso, le gustaba recorrer el monte. Mi padre nunca lo llevaba, pues le daba por perseguir animales. Crucé el

río varias veces, en realidad era un riachuelo producido por las aguas lluvias que tenía su origen en una quebrada profunda. Hacía calor y por un rato chapoteé en el agua y jugué con el Negro. Luego me fue difícil transitar por el bosque a caballo y decidí desmontar e ir tirando de sus riendas. En el camino, me distraje nuevamente comiendo murtas y maqui. Cuando me dirigía a la quebrada de las Quilas el Negro se puso a ladrar inquieto, había sentido a unos merodeadores. Eran dos muchachos de aspecto amenazante que yo recordaba vagamente. Les pregunté qué andaban haciendo y me respondieron que recolectaban murtas, pero no llevaban ningún canastillo y se los hice saber. Pareció darles lo mismo que los hubiera sorprendido en una torpe mentira y les ordené que salieran del campo.

Llegué a la casa al atardecer. Mientras comíamos mi padre me preguntó si había visto a alguien. Le conté lo ocurrido.

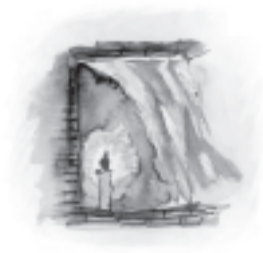
–Ese es otro elemento que deberás tomar en cuenta, aquí abundan los lobos con dos patas– se refería a los ladrones de ovejas.

Ese era un problema propio de la zona, el isleño común solía cebarse con lo ajeno, esto iba más allá de los animales. Mi padre podía ser una persona difícil y llena de defectos, pero era de una honestidad a toda prueba. Esa sola actitud lo excluía de toda relación con sus vecinos.

Me fui a dormir cansado y con algo de hambre. Desde que murió mi madre, lo de la cocina era un problema. Sólo comíamos bien cuando venía mi tía Augusta o doña Aurora, la viuda del finado Bahamondes, un amigo de mi padre, naufragado en Guaitecas. No la había visto, me extrañaba que no hubiera aparecido, no me atrevía a preguntarle a mi padre por ella, pues yo siempre presumí que había algo entre ellos.

Esa noche soñé con las fogatas que se encienden la noche de San Juan. Estábamos Fernelón y yo mirando desde la orilla las luces de las fogatas de las islas de enfrente, y a nuestro alrededor unos niños juntaban leña y hacían un fuego enorme, mientras cantaban «aserrín, aserrán, los maderos de San Juan», melodía

que yo le había escuchado tararear a mi madre. El fuego se extendía y todo se convertía en una gran luminaria. Me desesperaba, pero nadie lo sentía como un incendio, aun si todo ardía alrededor. Al poco rato yo era el único en darse cuenta que la marea comenzaba a subir lentamente. Sentía la obligación de avisar, pero no me salía la voz, y el fuego lo consumía todo.



El día siguiente lo dediqué a trazar el mapa operativo del campo, como decidí llamarlo. Fenelón me miraba extasiado, era domingo, mi padre se había ido al monte y nos habíamos quedado solos. Fenelón, después de darle comida a los animales y lechar la vaca, me acompañaba en la mesa del comedor, fascinado con mis dibujitos. Como mi padre no volvió en todo el día, Fenelón cocinó para ambos, en realidad lo hacía mucho mejor que cualquiera de nosotros, en verdad estaba de muy buen humor y después comprendí por qué. Se moría de ganas de dibujar, por lo que le pasé un papel; al poco rato había llenado una hoja de chanchitos, vaquitas y ovejitas, que insistía en pegar en el mapa.



En la tarde, cuando empezaba a oscurecer, Fenelón se vistió como para salir. Había una fiesta en la sede vecinal. Dejé listo el trabajo y lo acompañé.

Allí me encontré con algunos parientes y amigos que no veía desde mi partida. Pero me sentí extraño, sólo había tenido contacto con ellos cuando era un niño. El liceo lo había hecho en Ancud y mi relación con ellos siempre fue muy esporádica. Me veían distante, me consideraban ajeno o creído. Me encontré con Elisa, ella insistía en sonrojarse cuando yo la miraba, y me topé con los dos muchachos del monte, quienes me miraron con odiosidad. Fenelón estaba dichoso, le fascinaban las fiestas.

Saqué a bailar a Elisa y casi se murió de la vergüenza, pero al poco rato, por efecto del ponche, me imagino se relajó, y me llenó de preguntas sobre mi vida. La más importante fue si me iba a quedar por mucho tiempo. Como yo no quería tocar esos temas, opté por interrogarla con osadía, mal que mal yo venía del norte, y le pregunté si tenía novio. El rojo

volvió a sus mejillas, y entonces no seguí preguntando. Luego de un rato me di cuenta: Elisa era la muchacha más requerida de la localidad por lo que todos los jóvenes me miraban con envidia y una buena dosis de rechazo.

A este tipo de fiestas iba toda la gente de la zona, viejos y jóvenes; me topé con tía Augusta y algunos parientes, y al parecer a mi me tocaba heredar el rechazo que le tenían a mi padre. Con excepción de mi tía los demás me hacían sentir su odiosidad con la mirada. También vi a la viuda del finado Bahamondes: cada cierto rato me miraba con una extraña curiosidad. Mi padre jamás asistía a este tipo de eventos.

Dejamos de bailar porque el ruido no nos dejaba conversar, nos sentamos en una de las bancas pegadas a la pared, Elisa me sirvió ponche y salimos un rato a tomar aire, quería evitar esas miradas duras y enjuiciadoras, corría un poco de viento y comenzó a chispear. Ya era medianoche y pensé en Fenelón, entré a la sede para ver qué era de él. Me encontré con una escena desagradable, los dos mucha-

chos que yo había sorprendido en el monte – unos conocidos landronzuelos y pendencieros de la zona, los hermanos Caicheo, según el recuerdo que posteriormente me hiciera Elisa, molestaban a Fenelón. Lo trataban de idiota, le decían pesadeces de mi padre y le tiraban tapitas de cerveza. Me puse junto a Fenelón, y cruzamos miradas de odio, de esas propias del campo, donde con una sola mirada se adivina toda la historia de desavenencias y líos entre familias. Saqué a Fenelón de la sede para irnos, no sin antes despedirme de Elisa, pero ellos nos siguieron afuera con la intención de agredirnos. Intercambié un par de golpes con uno de los hermanos, Fenelón hizo otro tanto con el otro, y me sorprendió su furia, nunca lo había visto en esos trances. Pero de la sede salieron sus compinches y se abalanzaron unos cinco contra nosotros dos, blandiendo botellas y hasta distinguí un cuchillo, saqué una estaca de un cerco y los mantuve a raya unos instantes y, aprovechando que se fue agolpando gente para tratar de apaciguar la reyerta, tomé a Fenelón de un brazo y huimos por los potre-

ros. Los brutos nos siguieron. La noche era clara y distinguí sus sombras desplazándose entre las matas, cruzamos el riachuelo y nos parapetamos en un montículo plagado de espinillos, agarramos unas piedras y los detuvimos a pedrazos. Al poco rato nos tenían rodeados. Justo en el momento cuando caían sobre nosotros sentí los gritos de Elisa. Venía con sus hermanos, los agresores se sintieron acorralados y se dispersaron. Intenté de pura rabia seguir a uno, pero Elisa me persuadió:

—No joven Nelson, conténtese con haber salido ileso.

Lo de joven Nelson me sonó extraño, pero cariñoso, la miré a los ojos, sonreí, y sentí el ardor de una herida en el labio. Nos acompañaron hasta la entrada de nuestro campo. Les agradecí su providencial ayuda, los hermanos eran dos inexpresivos hombrones gigantescos, que hablaban poco, pero que ella comandaba con el dedo meñique. En la tenue claridad de la noche me despedí de Elisa con una mirada agradecida, y me lanzó una sonrisa estremecedora. Era otra, sin duda. De la timidez ab-

solita había pasado a ser dueña de la situación.

Abracé a Fenelón con cariño y entramos a la casa, estaba feliz e insistía en abrazarme y arrimaba su cabeza contra mi pecho como un niño. De pronto, cuando estreché su mano, comprobé que tenía un corte profundo. Me asusté, pues con los abrazos, nos dimos cuenta de que estábamos salpicados de sangre. Limpié su mano y procedí a curársela, menos mal que mi padre conservaba un botiquín más o menos completo de su época de marino. Mis nervios fueron aplacados por el ánimo de Fenelón, que a pesar de su herida seguía sonriendo, incluso parecía encantarle que yo lo curara. Le hice una venda muy vistosa que terminó exhibiendo como un trofeo.



Al otro día, mi padre nos despertó temprano, era como una manera de castigarnos por la salida nocturna, él siempre deploró el modo como se entretenía la gente en el campo:

—Así que anduvieron de juega los muy brutos, no pueden evitar comportarse como bestias y emborracharse hasta perder el juicio, igual como toda esa escoria humana que habita en esta zona del demonio...

Y así continuó un buen rato. Ni siquiera intenté interrumpirlo para contarle lo ocurrido, no servía de nada, cuando entraba en esos trances de autoridad no lo paraba nadie. Magullados y maltrechos le dimos la comida a los animales y lechamos la vaca. La mañana estaba hermosa y nos fuimos debajo de los manzanos para continuar durmiendo. Caí preso de un sueño profundo y en él aparecía Elisa:

Estábamos lechando la vaca en el galpón. Sus fuertes brazos hacían manar abundante leche de las ubres, sonreíamos, hacía calor y algunas gotas de sudor de sus mejillas iban a

mezclarse con la leche del balde. Cada cierto rato bebíamos chicha de manzana e intercambiábamos miradas. Algunos haces de luz se colaban entre las tablas disparejas del galpón. El olor del heno recién cortado se mezclaba con el sabor de la manzana. Comenzó a hacer mucho calor, ese calor que detiene la brisa y aumenta la respiración, de pronto el galpón comenzó a arder. El olor del fuego me aterró, pero ella seguía sonriendo. Paró de lechar, se incorporó y, siempre sonriendo, apagó el fuego con la leche del balde.

Desperté sobresaltado, con la ansiedad de las urgencias. Mi cabeza se debatía entre quedarme a trabajar la tierra o volverme al norte. Sentí la voz de mi padre llamándome

–Me imagino que tienes algo que contarme –me dijo–, no me refiero a lo de anoche, lo sé todo. Háblame de lo otro.

En un mesón, en las afueras de la casa, le mostré el mapa, me exigió muchas explicaciones, se comportaba como si ya lo conociese, corrigió algunos detalles con su enorme dedo índice. El territorio comenzó a redibujarse.

Como dos estrategias antes de la batalla comenzamos a diseñar nuestros sueños. El eje estaba constituido por la casa, de ella se ramificaban múltiples sistemas de manejo agrícola: un huerto de variados cultivos; un gallinero móvil cuya misión era fertilizar el terreno, seguido de un área de frutales propios de la zona; a un costado un galpón de grandes dimensiones, rebosante de heno, en que permanecería estabulado un piño de vacas lecheras, junto a él un porquerizo modelo; más allá una extensión de gramíneas para el pastoreo y, finalmente, el límite boscoso que incluía un plan de manejo forestal. El inventario del bosque estaba compuesto de coihúes, canelos, ulmos, lumas, arrayanes, mañíos, tepuales y ciruelillos. Y a un costado del riachuelo la ciénaga que soportaría las aves acuáticas en su hábitat silvestre: variedades de patos, gansos, garzas, esporádicos flamencos y cisnes de cuello negro; y como telón de fondo el mar interior cuyo límite son los volcanes, visibles cuando está despejado.

Mi padre me miró con seriedad, luego hizo

una mueca que pudo ser una sonrisa. Echó una mirada al paisaje y me dijo:

–Ya tienes tu propio plan, tu propia carta de navegación. Ahora me podré ir tranquilo, yo tengo la mía propia.

No sabía a qué se refería. Lo seguí hasta la casa. Casi toda la mañana, mientras me tomaba unos mates, observé con rabia y también con tristeza, como hacía su equipaje y preparaba sus instrumentos de marino. Me sentía engañado, y lo peor, un poco huérfano. Cuando apareció Fenelón mi padre aprovechó para hablarnos:

–Antes fui patrón de lancha y quiero volver al mar, no sé por cuánto tiempo, quizás para siempre. En mi ausencia tú, Nelson, te encargarás del campo con la ayuda de Fene-lón, ésta será tu casa, puedes casarte con Elisa y la traes a vivir aquí, así harás la familia que todo hombre necesita.



Lo tenía todo pensado. Era un eterno aventurero, todo hombre necesita familia, menos él, claro, el muy fresco. En sus planes yo jugaba un papel muy importante y había calculado bien. Así eran estos insulares, yo había nacido ahí, pero mi madre no, y yo habría heredado su apego a la tierra y a las cosas más domésticas y familiares.

—Sé lo que estás pensando, hijo, pero tuve otro sueño, uno que siempre me persigue, tú sabes, el mar apaga ese fuego que llevo dentro. El fuego es bello sólo de noche, ese que sirve para alumbrar a los marinos, como en la noche de San Juan, en todas las islas se encienden enormes fogatas para orientar a los hombres de mar. Mañana viene una embarcación de Guaitecas, allí me iré, puede que venga a visitarlos, traeré ciprés, allá hay mucho.

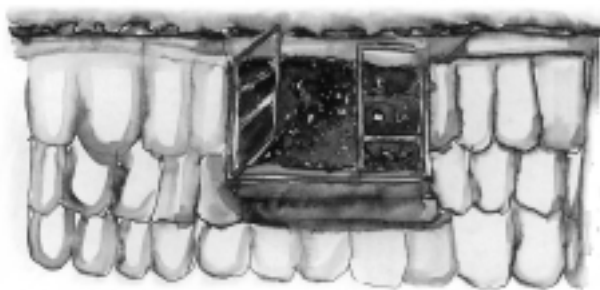
Calló por un momento, como para tomar aire y prosiguió.

—En la noche veo pasar los barcos por el canal y sus luces son como cantos de sirena, ¿me entiendes?

Preferí no discutir, no quise reprocharle su

egoísmo; nada lo haría cambiar de parecer.

Al otro día se fue sin despedirse. Era su estilo. Lo sentimos partir de madrugada, a lo lejos vimos un bote arrimándose a la playa. Fenelón corrió hacia la orilla lloriqueando como un niño, pero se detuvo a medio camino, como aceptando la despedida tan desapegada de su padre-tío. Lo vimos alejarse y nos abrazamos, nos habíamos quedado solos. Estuvimos ahí hasta que comenzó a aclarar, en la orilla divisamos a la viuda de Bahamondes; a su modo, también había ido a despedirse de mi padre.



Durante mucho tiempo la ausencia de mi padre se dejó sentir con mucha fuerza, hasta en las más mínimas tareas había algo de él flotando en el aire. La tía Augusta se aparecía una vez a la semana a dejarnos pan y queso, algunos vecinos, incluidos los que más diferencias tenían con mi viejo se apersonaban para preguntar si teníamos alguna necesidad, y la viuda del finado Bahamondes solía venir a compartir unos mates los sábados por la tarde.

Al pasar el tiempo, me di cuenta que lo único que había heredado de mi padre era la capacidad de producir sueños, y éstos, desde su partida, se sucedían con regularidad. Incluso a la tía Augusta le dio por relatar sueños y el mismo Fenelón, con sus sonidos guturales y aparatosos gestos solía contar extraños sueños de mares y aventuras. En el mismo pueblo surgió la manía de este tipo de relatos, que reemplazaron a los de brujos y aparecidos. La propia Elisa llegó un día muy temprano, sin ninguna vergüenza, a contarme una seguidilla de pesadillas.

De algún modo misterioso el campo comen-

zó a parecerse al mapa que tiempo atrás había dibujado. En la isla el verano, si lo hay, pasa rápido. El tiempo de las fuertes lluvias había comenzado. Y ya nos habíamos habituado a las rutinas agrícolas, subiendo y bajando el monte, lechando muy temprano el piño de vacas, cambiando de potreros a los animales, recolectando la leña del bosque y cosechando papas y cereales para el duro invierno. Y cada cierto tiempo, cuando el invierno se calmaba un poco, íbamos a la orilla, Fenelón, Elisa y yo, a ver si alguna de las embarcaciones que por ahí pasaba era la visita que esperaríamos por tanto tiempo.





MARCELO MELLADO

Nació en Concepción el 31 de diciembre de 1955. Profesor de Castellano y Bachiller en Literatura, es autor de la novela *El Huidor* (1992). Como finalista del Concurso de Cuentos de revista *Paula* 1996, participó de una antología editada por Editorial Alfaguara. Actualmente prepara un libro de relatos, *El Objeto*, que será publicado por Editorial Cuarto Propio. Es colaborador de la *Revista Crítica Cultural*.



Colección
BORRADOR Y CUENTO NUEVO

Cuentas Amarillas ✓

M. Cristina Da Fonseca

En la otra orilla ✓

Marcelo Mellado

EpistoHilarario ✓

Mario Valdovinos